

llos de sus soldados que habían huido no se rehicieran é intentaran libertarle.

Hubo un momento en que cesó el combate por falta de resistencia.

Los enemigos de Hernan Cortés se encerraron en los torreones, sin atreverse desde allí á disparar un tiro.

—¡Victoria victoria! gritaron los soldados de Hernan Cortés.

—¡Victoria por nuestro caudillo! dijeron unos.

—¡Victoria por nuestro rey! dijeron otros.

—¡Victoria por el Espíritu Santo! añadieron otros.

Estas aclamaciones de alegría aumentaron el terror de sus enemigos.

Casi todos ellos creyeron que el ejército de Hernan Cortés era más numeroso de lo que había supuesto Pánfilo de Narvaez.

Para que todo favoreciera á Hernan Cortés, los amedrentados soldados veían á lo léjos en el campo multitud de luces, y creyeron que cada una de ellas representaba un soldado, cuando en realidad no eran más que gusanos de luz de los muchos que hay en aquella parte de la América.

CAPITULO LXXXII.

La rendición.



HERNAN Cortés, conoedor de la condicion humana, para que no desmayasen sus tropas fiadas en el triunfo, les recordó que aun no habian logrado completar la victoria y les exhortó á que aprovechándose del terror que se habia apoderado de sus enemigos, terminasen la obra comenzada.

Al efecto, dispuso que se volvieron las baterías del pretil contra los torreones, para tenerlos en jaque.

Pero como no era su ánimo hacer daño á los españoles, á quien por el contrario deseaba atraer á su partido, mandó pregonar un indulto general á favor de los que se rindieran, el cual se repitió infinitas veces en medio del mayor silencio por una y otra parte.

En el pregon ofrecía ventajas á los que se resolviesen á militar bajo su bandera, y libertad y pasaje á los que resolvieran regresar á Cuba.

Esta resolución produjo los mejores efectos.

Aun no habia empezado á romper el alba, y por consiguiente ignoraban los soldados el número de los sitiadores.

Par otra parte, la creencia de que habia muerto Pánfilo de Narvaez, les hizo caer en el mayor desaliento, y no bien se repitió el pregon tres ó cuatro veces, cuando empezaron á acudir compañías enteras con sus capitanes para acogerse al indulto.

Presentábanse á Hernan Cortés y arrojaban á sus piés las armas.

Llegaron á ser tantos los rendidos, que hubo necesidad de separarlos y conducirlos á diversos puntos de Zempoala, alejándolos de las casas y poniéndoles guardia para que no se arrepintiesen de su resolucíon.

Sandoval miéntras tanto asistia á Pánfilo de Narvaez; hizo que le condujeran á una casa, le acostó, y mandó al físico que le curase la herida.

Hernan Cortés, apénas tuvo diseminados á los rendidos, fué á visitar á Pánfilo de Narvaez.

Apénas supo que él era el que se acercaba á su lecho:

— Tened en mucho, señor capitán, le dijo, la dicha que habeis conseguido en hacerme vuestro prisionero.

— De todo, amigo, se deben las gracias á Dios, contestó Hernan Cortés; pero sin que lo juzgueis vanidad, os puedo asegurar que pongo esta victoria y vuestra prision entre las cosas más insignificantes que se han logrado en esta tierra.

— ¿Por que no me habeis muerto? añadió el herido.

— Dios no ha querido que murais para que expieis vuestras culpas, porque el atentado que queriais cometer conmigo era indigno de un caballero.

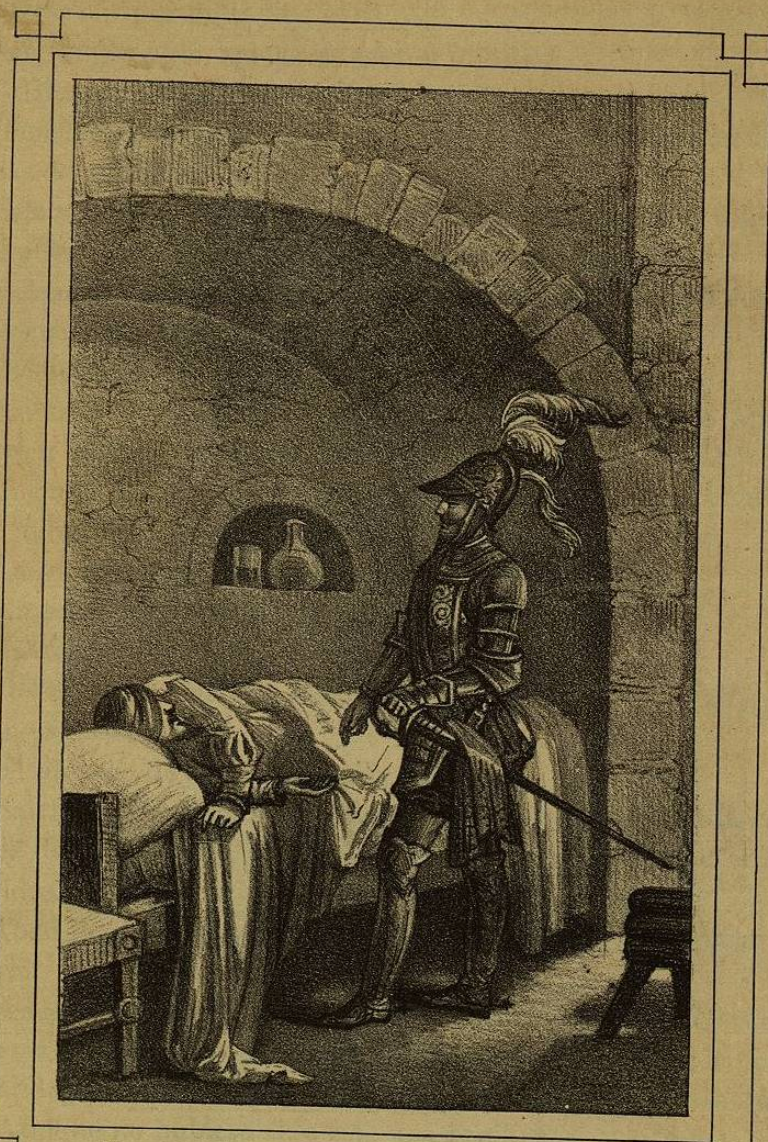
Curaos ahora, y despues yo mismo os pondré en disposicion de que ajusteis conmigo las cuentas pendientes.

— Si tal haceis, os ofrezco que quedaremos uno y otro satisfechos.

Llegó en aquel momento un aviso á Hernan Cortés, noticiándole que se habian hecho fuertes en uno de los torreones el capitán Salvatierra y Leiva, el pariente de Diego de Velazquez que estuvo á punto de reñir con Velazquez de Leon.

En efecto; aquellos dos hombres, que estaban seguros de que nada podrian conseguir rindiéndose, prefirieron alucinar á los soldados y arrastrarlos á morir con ellos en la lucha.

No bien supo Hernan Cortés la resistencia que oponian, fué en persona hasta la misma puerta del torreón en donde estaban



Dios no ha querido que murais para que expieis vuestras culpas.

Lit. de Guerra y Valle.

resguardados, y les anunció que si no se rendían serían tratados con todo el rigor de la ley.

Sus ruegos y sus amenazas fueron inútiles.

—Bien está, dijo; vos lo quereis, sea.

Inmediatamente dió orden para que disparasen al torreón dos piezas de artillería.

Esta actitud que tomó Hernán Cortés intimidó á los soldados, y les faltó tiempo para entregarse á discreción.

Velazquez de Leon entro entónces en busca de los dos hombres que capitaneaban aquellos soldados, y los dos á un tiempo lo acometieron.

Antes de que llegaran los soldados en su auxilio y se apoderasen del capitán Salvatierra, yacía á los piés de Velazquez de Leon el soberbio Leiva, pagando de aquel modo la ofensa que anteriormente le habia inferido.

La victoria se declaró completamente por Cortés.

En esta última lucha solo perdió dos hombres.

Tambien tuvo algunos heridos.

Del ejército contrario perecieron quince soldados, un alférez y un capitán.

El número de heridos llegó á cuarenta.

Salvatierra y Pánfilo de Narvaez fueron conducidos á la colonia de la Veracruz, en donde, aunque se les asistió por estar heridos, quedaron prisioneros.

Todo lo que hemos referido se verificó antes de que amaneciera.

Andrés del Duero pudo al fin estrechar á su amigo Hernán Cortés, y asegurarle que no debia temer por los que no se habian rendido, seguro como estaba de que imitarían á sus compañeros.

Aunque no hubiera sido esta una resolucion que lo era, un acontecimiento que tuvo lugar los hubiera movido á mantenerse en su resolucion.

El cacique de Chinantla, preocupado por el riesgo que podia

correr Hernan Cortés, aunque éste salió de Matalequita sin el refuerzo de los dos mil hombres que le había pedido, se los envió y llegaron precisamente en el momento en que terminaba el combate.

Grande fué el efecto que produjo su llegada en los soldados de Narvaez.

Resueltos á permanecer en su triste situacion, no podian menos de maldecir á su general que tan malas medidas habia tomado, dando lugar á que con tan poca gente les venciera Hernan Cortés.

Cesó la necesidad de fingir, y aquellos capitanes que eran adictos á Hernan Cortés acudieron en compañía de Andrés del Duero á ofrecerle sus respetos, y manifestarle su resolucion de militar en sus filas.

Los soldados á su vez aclamaron al héroe, y no hubo uno solo que quisiera regresar á Santiago de Cuba.

Nos aspiraba á otra cosa Hernan Cortés.

Más que vencer á sus enemigos, deseaba atraerlos á su causa.

Inmediatamente dispuso que se devolviesen á todos las armas, y esta prueba de confianza acabó de captarle las simpatías de todos.

¡Lo que es la suerte!

El hombre que veia desaparecer por momentos lo que con tanto trabajo habia conquistado, que iba á atacar á un formidable ejército con el suyo, completamente reducido, se halló pronto con más de mil españoles á sus órdenes.

Tenia ademas presos ó heridos, y en su poder tambien, á sus enemigos, y contaba con una escuadra de once navíos y siete bergantines, que ni aun en sueños hubiera podido figurarse.

A pesar de este triunfo, le preocupaba un cuidado.

La dicha no es completa en el mundo.

Despues de la victoria necesitaba evitar una reaccion contraria á sus deseos.

Veamos lo que pasó.

CAPITULO LXXXIII.

Triunfo completo.



a caballería que habia llevado Narvaez á la expedicion habia desaparecido.

En vez de estar preparada para desempeñar la mision que en tales casos desempeñaba la caballería, al ver el peligro que corrian sus compañeros, se reunieron todos, se alejaron del sitio del combate, y formando una partida de cuarenta hombres, comenzaron á vagar por los campos.

Cuando al dia siguiente supieron el resultado que habia obtenido Hernan Cortés con tan pocos soldados, creyeron que debia resistir, en la seguridad de que sus compañeros, al verse protegidos por ellos, resistirian tambien, y volverian á colocarse en situacion amenazadora.

Hernan Cortés mandó en seguida á Cristóbal de Olid y Diego de Orgaz para que fuesen en su busca y procurasen reducirlos á su obediencia.

Partieron los dos sin más escolta que cuatro soldados, y haciendo señal de paz al divisar á los jinetes, no tardaron aquellos en enviar cuatro parlamentarios.

Cristóbal de Olid tomó la palabra, y les refirió lo que acababa de suceder.

—Pánfilo de Narvaez, les dijo, está herido de gravedad.

De todas maneras, se halla en nuestro poder.

Los demas capitanes, excepto Salvatierra, se han rendido, y hoy forman en nuestras filas.

Hernan Cortés ha ofrecido las mismas ventajas que á sus antiguos soldados á todos los que quieran ingresar en sus filas.

Los parlamentarios pidieron licencia para ir á comunicar á sus compañeros aquellas proposiciones, y no tardaron en volver todos juntos á dar su asentimiento.

Su llegada al cuartel general fué saludada con grandes aclamaciones.

Desde aquel momento reinó la mayor fraternidad entre todos los españoles.

El cacique de Zempoala y los habitantes de la ciudad, que habian presenciado la lucha que habian sostenido los españoles entre sí, acudieron á felicitar á Hernan Cortés, y agasajaron á todos los españoles, tomando verdaderamente parte en su alegría.

Los mismos soldados de Narvaez notaron, al hallarse bajo las banderas de Hernan Cortés, que los zempoales les trataban con las mayores consideraciones, y al ver los agasajos que les hacian, y al contemplar á los dos mil hombres que el cacique de Chinantla habia enviado á Hernan Cortés, se alegraron más y más del desenlace que habia tenido aquel drama, abrigaron las más dulces esperanzas acerca del triunfo que alcanzarían sus armas estando todos unidos y siendo todos guiados por tan bizarro general.

Hernan Cortés, que no dejaba suelto un solo cabo, envió el capitán Francisco de Lugo para que tomase posesion de los navíos y para que depositase en Veracruz las velas, jarcias y timones de todos los buques.

Encargó tambien que llevaran á Zempoala á los pilotos y marineros de Narvaez, y dispuso que algunos de los suyos fuesen á reemplazarlos á las órdenes de uno de los marineros más adictos á él, á quien dió el título de contra maestre.

Obedecidas estas órdenes, despues de manifestar su gratitud á los chinantlecas, les envió de nuevo á su provincia.

Aunque tenia gran prisa por volver á México, quiso dar á sus tropas algunos dias de descanso, tanto para que reposasen, como para animarles, porque supo que de todas las tribus próximas á Zempoala iban á acudir los caciques á felicitarle y á jurarle obediencia y fidelidad.

En efecto: acudieron de todas las ciudades y aldeas vecinas cargados de presentes para los españoles y estos agasajos admiraban á los nuevos soldados de Hernan Cortés.

Al fin, temeroso de que pudiera ocurrir algo á los españoles que estaban en México, porque la única defensa que tenían era la palabra de Moctezuma, no queriendo llevar consigo á todos los soldados de que disponia, encargó á Juan Velazquez de Leon que pacificase con doscientos hombres que puso á sus órdenes la provincia de Pánuco, para llevar á cabo despues su conquista, y dió á Diego de Orgaz otros doscientos para que poblase con ellos á Guazacoalco.

Los seiscientos restantes debian acompañarle á México.

Tomadas todas estas disposiciones, reforzó algo la guarnicion de Veracruz, donde debian permanecer los prisioneros hasta que dispusiera de ellos, y dió las órdenes para que cada cual partiera á su destino.

Mucho sentian Velazquez de Leon y Diego de Orgaz separarse de su valiente caudillo.

Pero la mision que les confiaba halagaba su vanidad por una parte, y por otra podia ser de gran provecho en un momento dado á Hernan Cortés.

Partieron, pues, los soldados con la promesa de que tambien llegarían á México, que era el sueño dorado de todos.

Hernan Cortés envió á Ilbialbi á México para que noticiase á Marina y á Alvarado lo que habia sucedido, encargándole que volviese inmediatamente con noticias de lo que aconteciera.

El fiel servidor de Hernan Cortés regresó en breve, porque

halló en el camino emisarios, que llevaban noticias alarmantes á Hernan Cortés.

Pero ántes de dar cuenta de ellas, conviene que nuestros lectores oigan la conferencia que celebraron Hernan Cortés y Pánfilo de Narvaez.

Este, algo restablecido de su herida que no era de peligro, suplicó á Hernan Cortés que fuera á verle, porque necesitaba hablarle.

Aunque por su comportamiento se habia hecho indigno de todo género de consideraciones, al fin era vencido, y su vencedor era generoso.

Hernan Cortés acudió al llamamiento de su adversario.

CAPITULO LXXXIV.

Un recuerdo y una promesa.



UANDO el hombre ve á la muerte de cerca, se opera un cambio radical en sus ideas, sobre todo si se ha dejado guiar por los malos instintos.

Esto sucedió á Pánfilo de Narvaez.

Dominado, no solo por la ambicion de gloria, sino por el deseo de alcanzar una felicidad, que por lo mismo que estaba léjos de él, le parecia sublime y encantadora, se dejó arrastrar, como han visto nuestros lectores, hasta el punto de tender un infame lazo à su enemigo y de querer alcanzar con sus villanías lo que empezaba á desconfiar que pudiera otorgarle la fuerza.

El hombre que se deja mover por las malas pasiones, lleva la peor parte en todas las luchas que acomete.

La fiebre que le devora, la ceguedad en que vive, le hacen dejar siempre un flanco vulnerable á su adversario.

Pánfilo de Narvaez, que era un bizarro capitán, que se habia distinguido en las guerras, que tenia valor suficiente para luchar con Hernan Cortés, al llegar el momento decisivo desperdició sus fuerzas, y facilitó el triunfo de una manera tan poco costosa á los soldados de Hernan Cortés.

Tarde conoció los errores que habia cometido.

Le hemos visto salir precipitadamente del torreon en donde se guarecia, y acometer cuerpo á cuerpo à su adversario como un simple soldado.

Al recibir la herida hubo un momento en el que quiso desgarrársela para espirar más pronto.